

**EUROPA: DE LA RACIONALIDAD AL
COMPROMISO POR LA PAZ**

** SONIA REVERTER BAÑÓN*

La historia de Europa es la historia de la idea de unidad de Europa, una unidad entendida como un paso necesario para llegar a la paz. En este sentido podemos afirmar que la unidad de Europa se encuentra en marcha desde hace siglos. Y precisamente el hecho de que el sentido de Europa sea el sentido de una idea de unidad nos obliga a atender la formación filosófica de tal idea(1). Comprender la que parece ser actual complejidad de la Comunidad Europea nos lleva irremediamente a reflexionar sobre los orígenes de la misma, los cuales no están solamente en el Tratado de Maastrich que doce estados europeos firmaron en 1991, sino en la formación de los conceptos que hicieron posible el nacimiento de la conciencia de Europa.

La conciencia de Europa es compleja en este sentido, pues responde a multitud de razones, pretensiones y también sueños(2).

Intentar tener en cuenta algunas de estas razones no es sino el punto de partida para aproximarnos al desvelamiento de una de las cuestiones aún pendientes entre los ciudadanos y ciudadanas de Europa: ¿son las razones de Europa las del compromiso por la paz?

Tomemos ahora ese punto de partida y veámos cuál es la idea de Europa.

Para ello dividiremos esta exposición en dos partes. En la **primera parte** haremos un recorrido histórico filosófico recogiendo las aportaciones a la idea de Europa. Así veremos que podemos decir que para ello deberemos empezar no desde el momento que Europa como unidad se constituye o se propone, sino mucho antes, pues su semilla se remonta al descubrimiento de la razón autónoma en Grecia hace dos mil quinientos años, y sigue con el concepto de derecho del imperio romano, y con el judeocristianismo y la idea de fraternidad universal. Estas tres aportaciones tienen un punto en común: el universalismo que bien proclaman o implican. Después, aún dentro de ese recorrido histórico nos centraremos en las propuestas de unidad de Europa como proyectos de paz. En la **segunda parte** intentaremos una reflexión filosófica sobre la unidad Europea en la actualidad y sus implicaciones para la paz mundial.

La tesis, y esa habría de ser también la conclusión a la que llegásemos, es que Europa cuenta con un sentido de universalidad basado en el concepto de razón autónoma universal, que desde el mundo griego ha desarrollado a lo largo de la historia. Ese sentido de universalidad es la idea más notoria que ha propulsado la unidad europea con el objetivo de llegar a una paz estable.

II. LA IDEA DE EUROPA

I.1. UNIVERSALISMO: RAZÓN, DERECHO Y FE.

El origen de la idea europea es el origen de la conciencia de una cultura; una cultura que precisamente por esa conciencia de su existencia como un todo distinto puede ser llamada "civilización". ¿Pero cuál es el sentido de esa idea que lo pueda distinguir de otras civilizaciones?

En palabras acertadas de B. Veyenne⁽³⁾ su sentido radica en "*legiferar*". Este curioso término refiere a la pasión por lo universal que Europa ha mostrado a lo largo de su historia. Este interés universalista es el que ha llevado a Europa a salir de ella misma, a descubrir lo diferente sin ningún miedo, ya que cuenta con una herramienta poderosa, aquella que le permitirá entender, comprender y también explicar lo que conoce y lo que descubre, lo igual y lo diferente: la razón.

Desde el nacimiento de la filosofía en el mundo griego la humanidad empezó a contar y a explicar la realidad de manera que pudiese ser entendida por una pluralidad de una manera objetiva, independiente de los mitos y los particularismos. Lo que llamamos filosofía es por tanto, el uso autónomo de la razón. El paso del mito al *logos* practicado en Grecia fue cultivado también por otros pueblos, pero nunca con tanta intensidad, ni con las mismas consecuencias. Los griegos empezaron el camino de ordenar la experiencia frente al caos, buscar la unidad de la razón frente a la multiplicidad de opiniones, fundamentar la realidad en el ser humano frente a la dependencia de los dioses. Los griegos distinguieron, como consecuencia, lo divino de lo humano, lo espiritual de lo temporal, lo universal de lo particular. La demarcación entre lo sagrado y lo profano, consecuencia directa de la autonomía de la razón, facilitará el camino del universalismo, el cual será uno de los sellos más característicos de ese sentido de Europa que andamos buscando. No es menos cierto, sin embargo, que el judeocristianismo es otro de los elementos más identificatorios de Occidente. Pero ello no hará sino corroborar el universalismo, ya que desde el momento que se ratifica una única divinidad espiritual se está proclamando una paternidad única de la humanidad, y con ella la búsqueda de la fraternidad universal. Es conveniente recordar en este punto que esta visión de la paternidad universal si bien colaboró en el camino hacia el universalismo, y por tanto hacia la igualdad, también participó de severas y poderosas injusticias. Podemos citar el eurocentrismo, pero también el patriarcado. El primero llevó a creer que el conocimiento del Dios "padre" cristiano era necesario para ser humano, el segundo motivó la jerarquía patriarcal y con ella la superioridad del hombre sobre la mujer⁽⁴⁾.

La concreción política de estas ideas, si bien aún no podemos decir que es universalista, se realiza más tarde en el imperio romano con la extensión del concepto de "derecho" que supuso el que los individuos se convirtiesen en sujetos de derecho⁽⁵⁾. Con el vasto imperio romano se tuvo que ampliar el concepto mismo de ciudadanía borrándose lenta pero decididamente la distinción entre ciudadanos libres romanos (*quirités*) y los habitantes de los países conquistados, llamados socios o federados (*socii o federati*). Con el decreto de Caracalla en el 212 se anulará esta diferencia que hacía del extranjero el esclavo⁽⁶⁾. Y es que en estas fechas el cristianis-

mo ya tenía una fuerza importante. Ello significará que la idea de que todos los seres humanos tienen un Padre común, empieza a ser conocida y defendida, reivindicándose de acuerdo a ella iguales leyes para iguales destinos.

El Imperio romano aún no se puede identificar específicamente con Europa, pues más de la mitad de sus territorios eran asiáticos o africanos. Ahora bien, no hay duda de que su legado, cultura, y organización política ha sido heredado por Europa. Las mismas ansias expansionistas e imperialistas serán adoptadas a lo largo de la historia por emperadores, reyes y políticos como Carlomagno, Carlos V, Napoleón e incluso Hitler.

1.1.1. Europa como pluralidad de pueblos diversos

Los “europeos” definidos por primera vez por un anónimo quien relata la batalla de Carlos Martel en el 751 son “la coalición de francos, de celtas, iberos y sajones”(7). Es importante y curiosa esta primera definición en cuanto que nos da la medida real de lo que ha sido y es Europa: un pueblo que es una unidad de pueblos diversos. Y pueblos diversos luchando entre ellos y uniéndose frente a otros.

El mantenimiento de la paz ha ido paralelo a las diferentes unificaciones, y siempre de acuerdo al ideal universal que guiara la unificación. Así, si la paz romana es la paz del mundo civilizado unido por la misma ley e instaurada por el derecho; la paz cristiana de la Edad media será la paz de la fé en Dios. El nexos religioso sustituirá al jurídico. Es lo que se denomina “paz negativa”, pues es simplemente ausencia de guerra (*absentia belli*). Es cierto que tanto el Imperio romano como el Imperio, llamémosle cristiano, fueron creados a base de la violencia de las guerras. Ahora bien, si hemos de ser intérpretes de la historia en ambos casos se pretendía alcanzar la paz mediante la unidad, mediante la plasmación de los rasgos universalistas que en cada caso se creían fundamentales. Sin duda la consecución de esa unidad pagaba en cada caso el precio de la paz.

La Cristiandad sólo dejará de identificarse con el mundo cuando empiecen las expediciones de Marco Polo a Asia y China en el siglo XIV, encontremos el continente americano (lo que en la manera etnocentrista de hablar se nos ha enseñado como “el gran descubrimiento”) en el siglo XV; es decir, el Nuevo Mundo. La nueva concepción geográfica del mundo no cambiará sin embargo, el concepto de civilización, sino que lo potenciará al disponerse desde entonces de una escala “medidora” que permitirá comparar y distinguir salvajes, bárbaros y civilizados. Esta idea que prefigura la teoría evolucionista de las culturas será desde entonces uno de los sellos de marca de la modernidad del pensamiento occidental.

1.1.2. Eurocentrismo como contradicción.

La imagen que los occidentales tenían de su propia cultura pasó de ser la única a ser la mejor, inaugurando con ello un sentido de progreso totalmente culturizado que aún hoy está en uso. No hay duda de que esto permitió a los europeos sus manifestaciones más terriblemente eurocéntricas, violando las demás culturas al imponerles sus valores de progreso. Ahora bien, Occidente estaba con ello también violando

su propio sentido si es que este se entiende, tal y como venimos defendiendo aquí, basado en los conceptos de razón universal y fraternidad.

La paradoja y la contradicción parecen ser aspectos constantes de nuestra historia como cultura. Comprender no siempre ha significado actuar. Asegurar la paz mediante la unidad del universalismo de la razón o la fé ha caminado de la mano de períodos de guerras y violencia, luchas por el poder económico, político, cultural y religioso, creando un mundo y una Europa desunida donde ha triunfado el particularismo.

1.2. PROPUESTAS DE UNIDAD COMO PROPUESTAS DE PAZ

1.2.1. Siglos XV, XVI y XVII

Europa habrá de encontrar en los siglos XV y XVI la balanzá que permita seguir con las pretensiones universalistas (ahora ya un universalismo secular) a la vez que atender a los particularismos de los diferentes pueblos europeos que se identifican cada vez más con estados monárquicos centralizados.

Pierre Dubois, un francés abogado eclesiástico, propondrá a finales del siglo XIV, en este sentido, un proyecto que en esencia tiene hoy aún cierta vigencia. Dubois propuso a Felipe el Hermoso prevenir la guerra y mantener la paz con instituciones apropiadas. Para ello había que organizar un arbitraje internacional que protegiera la paz entre las naciones de Europa. Este plan de federación europea mantenía su motivación precisamente en la potenciación de las naciones. No había que restar protagonismo a las naciones, sino dárselo todo pero dentro de una sociedad internacional donde se dirimieran todas las cuestiones conflictivas.

El cambio de valores que se producirá con el Renacimiento marcará la imagen de una nueva Europa preocupada tanto por el universalismo de la razón como por los nacionalismos. El Renacimiento será precisamente un renacer del imperialismo de la razón que convive y se nutre de un humanismo de acento nacionalista. Así, gran parte de las propuestas de unidad de Europa muestran una ambivalencia en el terreno de la estructuración política de esa unidad. Los proyectos de confederación genuina, es decir, aquellos que se desvinculan de cualquier tutela exterior, pontificia o imperial (el primero de los cuales será el de Pierre Dubois⁽⁸⁾) tenderán tanto a las ansias de paz mediante una confederación, como a las demandas nacionalistas de expansión y de poder.

En este contexto se entiende la propuesta de **Jean Bodin**, a finales del siglo XVI, sobre un sistema de soberanía que asegurase el equilibrio europeo. Este sistema entiende que la única ley posible entre los estados es la del respeto mutuo. Es la paz de los buenos vecinos, donde cada cual permanece seguro de lo que le es propio, es decir de su soberanía como estado. Esto constituye lo que se ha llamado "paz negativa", pues es simplemente una ausencia de guerra.

Frente a esto sorprende el proyecto a principios del siglo XVII de **Emeric Lacroix** (Emerico Crucé, en su forma latinizada). Lacroix piensa que es la paz y no la guerra el estado normal de la humanidad, y por ello propone a Luis XIII una organización universal entre soberanos para asegurar una paz estable mediante el arbitra-

je de una asamblea formada por los embajadores de los soberanos. En dicha asamblea Lacroix cree que se podrían llegar a decisiones comunes que fuesen vinculantes, y cuando las diferencias surgieran él confía en que el buen juicio del resto de embajadores podrían hacer volver a la razón al que disiente.

Esta propuesta pese a ser ingenua tiene el valor de:

1- proponer por primera vez una universalidad completa, pues se trata de una unidad no sólo europea, sino con países no cristianos, como Turquía, China, Japón, Persia, Etiopía, etc. La creencia en una federación mundial se debe, sin duda, al convencimiento de que es la paz el estado natural de la humanidad. Esta base universal debe llevar por tanto a una paz generalizada a toda la humanidad.

2- alentar un pacifismo activo desde esa base del concepto de humanidad, refutando los argumentos clásicos en favor de la guerra, como el carácter violento del ser humano, el honor o el provecho.

I.2.2. Siglos XVIII y XIX

Si bien hasta ahora y desde el Imperio Romano ha habido proyectos de unidad espiritual de Europa, poco se ha dejado ver en cuanto a las plasmaciones políticas de esa unidad. Los **siglos XVIII y XIX** serán los siglos de las más importantes y trascendentales propuestas de europeísmo y universalismo, no sólo espiritual, sino también político.

Entre las propuestas de este tipo podemos considerar como las más relevantes la del **abate de Saint-Pierre, Rousseau, Bentham y Kant**. Todas ellas partirán de una base de pensamiento que será la que cimentó la Ilustración. El punto de partida de ésta será pensar que al igual que se ha encontrado un método científico de explicación para lo material y la naturaleza en general, habremos de buscar la ciencia humana que pueda, de la misma manera, aportar soluciones claras y seguras a los problemas humanos. El racionalismo que respaldó este movimiento pretendía encontrar los principios que pudieran explicar la naturaleza humana de manera científica y racional. La razón volverá a ser, aquí de manera radical, el elemento esencial del ser humano. Una razón que deberá ser usada también para organizar la vida en sociedad.

Este esquema de pensamiento obligará a tomar la paz como la preocupación principal, pues siendo la razón el elemento que define al ser humano no puede entenderse que la vida colectiva en sociedad en la que él se desarrolla esté envuelta en conflictos y guerras. Es lógico, pues, que si los humanos somos racionales busquemos la paz como el medio ideal para vivir en sociedad y desarrollar así nuestra razón.

La propuesta del abate de **Saint-Pierre**(9) para Europa partirá de estos supuestos. El abate propone una alianza de las 18 soberanías europeas bajo la sumisión de un senado europeo que mediante pactos trabaje por la paz. El mérito de esta idea será ver que la seguridad colectiva tiene por condición la soberanía del derecho.

Rousseau, quien apoyará unos años más tarde el plan de la República Europea del abate, ve, sin embargo que su realización es bastante utópica, pues la soberanía es por naturaleza ávida de poder. **Bentham** creará que un orden internacional podría evitar este problema con una simple sanción moral: declarar a la soberanía problemática en cuestión al margen de Europa. Ello, cree, promovería una poderosa

presión de la opinión pública.

Esta solución nos parece hoy en día ingenua, a mí al menos me lo pareció, y es porque parte de varios supuestos totalmente ilustrados. Supuestos que hoy en día, después de dos siglos de cruentos nacionalismos y un concepto moderno e ilustrado de razón que está en crisis parecen no convencer a nadie. Pero, ¿cuáles son estos supuestos?

El primero de ellos es creer que hay una verdad absoluta que descubrirá la razón que identifica a la naturaleza humana. Ello hace pasar al segundo supuesto el cual será pensar que habiendo un derecho soberano no hay que tener miedo a los conflictos, pues estos no serán realmente irresolubles. Y si lo son, aún tenemos el tercer supuesto que es pensar que la opinión pública, porque está formada por individuos racionales, será sensible a la razón.

Pero **Kant** aún habría de llegar más lejos en cuanto a fe en la razón y el derecho. Siguiendo ferreamente la idea del derecho Kant nos ofrece en su libro *La paz perpetua* su idea de una Europa unida: un Estado de los pueblos que empezará por Europa para ir en aumento hasta unir a todos los pueblos de la Tierra. Ahora bien, la forma política que aconseja será un federalismo de Estados libres, pues la soberanía estatal es algo aún irrebalsable en la época de Kant. La República mundial del Estado de los pueblos guiado por un derecho público de gentes que allanará las diferencias entre los pueblos de una manera pacífica será un ideal regulativo, y como tal funcionará. La prudencia política aconseja empezar por una Europa federada de estados libres, y por tanto, aún soberanos(10).

Todos estos proyectos, aún con importantes diferencias, tienen de común las ideas que los movieron, en este caso la Ilustración. Esta, con el ideal de una razón liberadora mueve a la búsqueda de la emancipación, de la identidad individualizada y libre del sujeto. Un sujeto, sin embargo que será individuo humano por aquello que tiene en común con los demás: la razón. Por ello mismo, y como Kant muy bien explicó sólo se reconoce y se ejercita la libertad humana en colectividad.

La revolución francesa será hija predilecta del ideario ilustrado. Con la revolución el pueblo francés buscará deshacerse del despotismo de los antiguos soberanos; pero, el lugar de estos no lo ocupará sino el despotismo de las naciones. El estado nación lucirá los mismos defectos que sus predecesores: despotismo e imperialismo. Así Napoleón, continuador de esta Revolución, y viéndose a sí mismo sucesor de Carlomagno, pretenderá una unión política de Europa (pues ya es una unidad espiritual), cuyo único emperador sea él mismo.

Este intento napoleónico de unificación europea fue testigo de los dos tipos de reacciones que hemos estado viendo a lo largo de esta exposición, y que también podemos ver en la actualidad si bien con diferentes etiquetas. Por una parte tenemos el nacionalismo que reivindica la particularidad de las diferentes naciones que pudieran conformar una República europea. Y por otra tenemos el universalismo de la razón ilustrada y del derecho que en este caso concreto fue uno de los factores que llevó a la Revolución. Una Europa de estados-nación frente a una República federal europea.

Los nacionalismos europeos del **siglo XIX** y las dos guerras mundiales de este siglo más que hablar por una u otra Europa hablan de desunión, irracionalismos

y violencia(11). La Europa fragmentada que surgirá de estas guerras será tan difícil como necesaria de recomponer.

II. REFLEXIÓN FILOSÓFICA DE EUROPA EN LA ACTUALIDAD.

II.1. Relación de la razón universal con el concepto de verdad.

El lamento de Husserl en 1935 al respecto del cansancio de Europa parecía tener razón. Europa está en crisis, una crisis que desde la filosofía es una crisis de la razón. Aquella razón que desde los griegos nos ha acompañado hasta ahora, no ha permanecido incólume, se ha desgastado, ha perdido sus ángulos y elementos para ser crítica y autónoma, y sobre todo se ha fraccionado.

Las dos guerras mundiales son la prueba de que la paz va vinculada en Europa a la razón universal. Si por la fuerza de los nacionalismos extremos se pierde la razón universal y unificadora perdemos también las razones para la paz. Porque estas, las razones para una paz duradera, no son sino aquellas que nos dicta la razón humana. Como el veto irrevocable de Kant: no debe haber guerra porque no es ese el modo como los seres humanos procuran su derecho y ejercen su libertad y su autonomía. Pero, ¿cómo explicar los hechos, pues?

Podemos pensar que la razón occidental, aquella que se creía universal, no lo es, y ha ido confundida buscando lo particular creyendo estar hallando lo universal, y por ello proclamándolo verdad absoluta. Este parece ser el motivo del cansancio del que nos habla Husserl: el ir a tientas.

A lo largo de esta exposición me he referido en muchas ocasiones al concepto de razón universal. Ahora acabamos de nombrar el concepto de verdad absoluta. Creer que la razón universal nos descubre una verdad absoluta creo que puede ser uno de los orígenes de ese cansancio.

La trampa del concepto de verdad es que supone un contenido, y por ello la verdad absoluta como representación del universalismo de la razón es una mala representación a mi entender. El universalismo bien entendido no ha de suponer una única verdad absoluta. La modernidad de hoy en día, transmodernidad, como algunos empiezan a llamarle, ha de hacerle un buen entierro al concepto de verdad absoluta y empezar después a acunar la idea de una razón universal cuyo único valor absoluto sea la potencialidad de la razón para ser autónoma y libre. Es una razón, por tanto, que cualifica a los seres humanos para el diálogo y el entendimiento con los diferentes, con los demás. Mediante este diálogo llegaremos a acuerdos que tendrán en cuenta la situación, el momento y el problema concreto. La razón nos acercará así a la verdad, sí, pero una verdad que no es absoluta, no es para siempre ni la única eternamente válida. Es una verdad de consenso hasta que se llegue a otra por necesidad del cambio de las circunstancias, del mundo de la vida, tantas veces requerido por los filósofos de este siglo. En nuestra interpretación es una verdad entendida como una pretensión (*claim*) de los seres humanos en sus acciones de comunicación. Cuando yo hablo pretendo decir la verdad. Pero, vosotros podeis exigirme que la diga y denunciar lo que os estoy comunicando si pensáis que es falso. Así, la verdad

es una dimensión de valoración de lo que nos comunicamos unos a otros, como la sinceridad o la corrección, y la misma posibilidad de entendernos unos/as y otros/as. Como los oyentes habrán reconocido esta es, nuestra interpretación y aplicación de la propuesta formulada por filósofos como Habermas o Apel, y entre nosotros Cortina.

Ni la verdad de la ciencia ni la de la filosofía son tan incorregibles como se pensaban o se asumía. Aceptar esto es aceptar la verdad de la "*philosophia perennis*", y es que la verdad se muestra en nuestras propias relaciones de comunicación. Además no ha de ser una verdad trágica, sino dichosa y feliz, pues nos abre las puertas al entendimiento y a la comunicación con los otros, con las demás culturas. Es, por tanto, estar más cerca del universalismo. Aceptar esta idea filosófica ya es un gran paso hacia la paz. Es, de hecho, el gran paso que inauguraron, como he pretendido mostrar en la exposición histórica, los filósofos griegos. Démoslo pues. Razones no nos faltan.

Asumir este reto es lo que el filósofo I. Berlin ha denominado "la rebelión contra el mito de un mundo ideal" (12). Se trata, según este autor, del mito de la perfección el que ha sembrado Europa de cadáveres en tantas y tantas guerras y batallas. El mundo ideal ya no puede seguir siendo un mundo estático e uniforme. Esta unidad lineal es la que ha costado la paz a Europa. Unidad y universalismo se han confundido con uniformismo. La Europa de hoy ha de ser pluralista para atender a su diversidad multicultural, y dinámica para entender sus cambios incesantes. El ideal no ha de ser la unidad por decreto. El ideal ha de ser la paz, la unidad es el camino, dentro de la pluralidad.

II.2 ¿Qué unidad?, ¿Qué Europa?

Napoleón en un lamento expresó: "Yo quería dominar Europa por la violencia. Pero hoy es preciso convencerla por las ideas".

Adentrémonos pues en estas ideas. ¿Cuáles son las ideas del presente? Hemos aprendido del pasado, pero ahora debemos, como todos los autores citados anteriormente hicieron, hacer una ontología del presente. Se trata de buscar las ideas que mueven o pueden mover a Europa y hacia qué y dónde.

Si haciendo caso a Napoleón, Europa se ha de convencer con las ideas actuales nos explicaremos porqué no hay un rumbo común, una guía unitaria que acompañe a la firma del Tratado de Maastrich en diciembre de 1991, el cual inauguró una época nueva de Unión Europea.

En este sentido la realidad que rodeaba a Kant al proponer en *La paz perpetua* un estado de los pueblos como ideal regulativo y una federación de estados libres soberanos como única plasmación política posible en aquel momento, parece seguir siendo hoy la misma. Y por ello, parecería que Europa no está aún preparada a superar el modelo de estado-nación que prosperó después de la Revolución francesa. Más bien parece todo lo contrario, pues desde la caída del muro de Berlín contemplamos impotentes el resurgir violento de los nacionalismos.

La doble imagen de Europa: federalismo *versus* nacionalismo en el terreno político, universalismo o cosmopolitismo *versus* comunitarismo en el terreno filosófico está hoy representada no sólo en las opiniones de políticos, periodistas, académicos

cos o simplemente ciudadanos, sino en el mismo texto del Tratado de la Unión. Sin entrar a analizar este, simplemente diré que en opinión de expertos juristas, el Tratado firmado en Maastrich es bastante peculiar. Y por lo que a nosotros ahora nos interesa esa peculiaridad radica en el hecho de ser, tal como expresa el nombre, un Tratado de unión que deja ambigua la concreción política de esta unión⁽¹³⁾. Esta ambigüedad conlleva una ambivalencia. Y es que por una parte, y especialmente entre los federalistas, unión política significa un proceso de fundar una Comunidad Europea por medio de un acto constitucional, con su propio cuerpo político, formado por los pueblos de los estados constituyentes y por sus propias instituciones políticas, ejerciendo como consecuencia de manera autónoma los poderes legislativo, ejecutivo y judicial en sus propias esferas de atribución. Por otra parte, para los gobiernos nacionales, unión política significa una intensificación en la cooperación entre gobiernos, sólo en ciertos aspectos, por grados, y sobre las bases de un conjunto acordado de objetivos estratégicos para el uso del poder público por los diferentes estados en sus relaciones exteriores.

Estando así las cosas podemos ver en estos dos modelos o formas de entender lo que puede ser la Unión europea los proyectos que ya Kant desarrolló hace doscientos años: la República Federativa de estados libres que empieza en Europa, *versus* la República de estados soberanos. Lo que para Kant era el modelo ideal y el modelo posible.

Creo que se ha de señalar, sin embargo, que el Tratado de la Unión es un proceso de integración, y por tanto no está cerrado o acabado. Como apunta U. Everling en sus reflexiones sobre la estructura de la Unión Europea⁽¹⁴⁾, la unidad política de la Unión Europea está abierta al proceso constante de cooperación entre los diferentes actores (pensemos que su configuración numérica tampoco está cerrada), en diferentes niveles y en diferentes campos: político, económico y social. El Tratado de Maastrich no significa, según esta interpretación, que el objetivo de su integración se ha alcanzado. El Tratado es así una declaración de que la integración europea ha llegado a un nivel de independencia institucional y de autonomía suficientes para ser llamada "Unión". En este sentido Everling cree que es normal que la estructura de la Unión Europea conlleve más preguntas que respuestas.

La pregunta persistente en este proceso ha sido y sigue siendo ¿qué Europa? El sociólogo Anthony Smith plantea esta cuestión en un artículo cuyo título resume la misma ambigüedad que se traduce del Tratado de Maastrich: "¿una Europa de naciones o una nación de Europa?"⁽¹⁵⁾.

El autor de este artículo cree que cualquier intento por crear "hechos nacionales o supranacionales (*national o supranational facts*)⁽¹⁶⁾ no puede tener éxito en cuanto a los niveles sociales o culturales concierne. La razón en el caso de Europa es que esta carece, según el autor, de una base étnica común, con un conjunto común y sólido de memorias históricas, mitos, símbolos, valores, etc. Esta conclusión lleva a Smith a defender que Europa aún no está preparada para asumir una unidad política que rebase las naciones actuales. Su tesis es que podremos tener una unidad en lo económico y político. Pero, será una unidad de élites, no de la comunidad. Pues, sólo una identidad cultural y social del pueblo puede constituir la base para una comunidad unida duradera.

Así, frente a la pregunta que el autor y nosotros mismos nos planteamos, su respuesta coincidirá con la de Everling, pues también para Smith la Unión Europea es un proceso, esta vez no sólo político, sino cultural. Según sus palabras: "De nuevo, sólo el paso del tiempo, quizás de generaciones, creará las condiciones de una Eurogénesis. Ello requerirá un considerable período en el que los sentimientos europeos sean alentados para crecer antes de que podamos decir verdaderamente de Europa que es una identidad cultural colectiva a la que la mayoría de las gentes de Europa se sientan profundamente vinculadas"(17).

Creo que es bueno considerar que la Unión Europea no es un hecho cerrado, sino un proceso abierto. Desde este punto de partida considero que Smith tendrá razón al afirmar que hay que pasar por ese proceso alentando, con instituciones y decisiones políticas por ejemplo, una implicación e identificación más fuerte de los europeos entre ellos y con la Comunidad Europea. Ahora bien, no estaría de acuerdo con la afirmación de Smith al respecto de que no existe una identidad cultural europea colectiva. Parece que Smith está pensando que sólo con una identidad nacional fuerte Europa podrá desarrollar una organización política que rompa con la simple integración intergubernamental y que nos acerque a una unión federal.

Si esto es lo que Smith quiere decir estaríamos justificados a pensar que aún está funcionando en su discurso el modelo de estado-nación que tantos problemas y violencias está últimamente acarreado al mundo. Es decir, que Smith estaría defendiendo que sólo sobre una identidad nacional definida se puede un pueblo estructurar políticamente. Como ello no sería posible en cuanto atañe a la unidad de pueblos europeos, Smith acabaría defendiendo que la Comunidad Europea no puede tener una estructura política que vaya más allá de la de los estados que la forman.

Pienso, y esa es también la idea que he pretendido transmitir en la primera parte de esta exposición, que Europa cuenta con un sentido que desde el mundo griego ha desarrollado a lo largo de la historia. Ese sentido de universalidad, que en un momento determinado empezó a proponer la unidad de Europa es un elemento de identificación colectiva suficientemente sólido para que los europeos se sientan unidos.

Por otra parte, y aceptando la tesis de que la Unión es un proceso, creo que hay que trabajar para consolidar los nexos de identidad entre europeos y europeas. Ahora bien, el objetivo de esto no será, como Smith parece proponer, crear una identidad étnica para que pueda sentirse nación. Porque pienso que si así fuera sería, no sólo peligroso para la paz del mundo, sino una traición respecto a la idea misma de Europa tal y como la hemos explicado aquí. La Unión Europea entendida como la Nación Europea podría significar la vuelta al etnocentrismo que la misma Europa aplicó en algunos momentos de la historia y que aquí ya hemos criticado.

Lo que aquí estamos proponiendo es precisamente aprovechar este proceso de unión para desarrollar el que parece nuestro ideal: buscar la paz mediante la unidad en lo universal. Como Kant dijo, Europa puede ser el primer paso, pero no el último. Hemos de reforzar aquello que nos une, pero no para crear una nación, sino para destruir el mito del estado-nación como único modelo político que reconoce el derecho de la identidad de los pueblos. Para los europeos reconocer aquello que nos une ha de llevarnos a la conciencia de lo que somos: seres humanos con una racionalidad

que compartimos y que nos compromete a reconocer a los otros seres humanos como iguales, pese a las diferencias. Este es el principio que nos ha de comprometer por la paz.

Ello habría de ser suficiente para sentir una cierta identidad común con los europeos, pero también con el resto de pueblos de la tierra.

Como Charles Taylor¹⁸ ha señalado en el reconocimiento de la identidad de los otros será necesario que el ideal de la Ilustración de la identidad individualizada se abra a la dimensión cultural y social. El hecho de que todos seamos sujetos racionales con la misma dignidad no querrá decir que estemos atomizados en individualidades que eligen su vida de manera racional, y que por tanto no nos necesitemos los unos a los otros, o no nos sintamos responsables o solidarios con la comunidad, como los comunitaristas critican a los universalistas.

La identidad, como señala Taylor(19), es un proceso dialógico, el cual supone el reconocimiento de los otros. Llegamos a tener una identidad a través de un proceso de socialización y culturalización, a través por tanto de un lenguaje y una comunidad. La identidad como ser humano está diferenciada, pues pertenecemos a culturas diferentes, pero también está basada en un potencial universal que es la racionalidad humana. Se define así la propia identidad como individuo y también como cultura. Y por ello mismo el etnocentrismo es equivocado, pues niega este principio fundamental.

Todo ello nos lleva a la conclusión de que una Europa comprometida por la paz ha de ser una Europa unida, pero también una Europa abierta. No se trata de crear fortalezas de poder creando nuevos muros.

En un mundo de globalización y mundialización en muchos campos aún está pendiente, como denuncia Apel(20), la unidad de los valores necesarios para vivir en ese mundo. Porque los problemas económicos, tecnológicos y políticos de nuestro tiempo se están convirtiendo cada vez más en problemas político-morales necesitamos de unos valores universales que actúen como principios fundamentales. Ello no significará erradicar las diferentes formas de vida o los diferentes códigos morales de las culturas, pues, al contrario de lo que postmodernos y comunitaristas piensan, es posible complementar una ética pluralista del valor de las diferentes culturas con una ética universalista de normas. Es más, ésta última nos asegura el respeto a todas las culturas porque todas son humanas.

La filosofía universalista, que no uniformista ni eurocentrista, nos dice cómo empezar a hacerlo, cómo intentarlo. Junto a ella, y porque entendemos la Unión Europea como un proceso, hay aún muchas cosas que se pueden hacer para lograr la paz, que será en definitiva acercarse a la dignidad del ser humano. Entre esas cosas que podemos hacer está lo que hemos comentado hoy: atender al compromiso de la racionalidad, una racionalidad universal que vincula unos seres humanos con otros. Desde otros fora se pueden plantear entre otras cosas, la reforma de la ONU, el desarrollo del derecho internacional, la recuperación de la sociedad civil o la profundización en una democracia radical y/o participativa, como defienden algunas voces desde la ética discursiva.

NOTAS

- 1.— Consúltese en este sentido la completa obra de B. Veyenne, *Historia de la idea de Europa* (Labor, 1966), o el estudio más breve de J. San Martín, "El sentido de Europa", en *Teoría Filosófica de Europa*, S. Reverter Bañón (ed.), Nau, 1997. Hay también otros estudios ya clásicos como, E. Morín, *Pensar Europa* (Gedisa, 1988); o C. Tugendhat, *El sentido de Europa* (Alianza, 1987).
- 2.— Tal vez Occidente debería, en este sentido, ser consciente de lo que dijo un poeta: "la responsabilidad empieza por los sueños".
- 3.— Veyenne (1970), p.6
- 4.— Sobre este último aspecto véase C. Amorós, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Antrhopos, 1991, V.Sau, *El vacío de la maternidad*, Icaria, 1995, y S. Reverter Bañón, «El ideal frustrado de la Ilustración: ¿Universalismo versus Feminismo?», en Reverter Bañón (ed.), *Teoría Filosófica de Europa*, Nau, 1997.
- 5.— Véase J. San Martín (1993), p.36.
- 6.— El extranjero se convertirá en el pagano en el Imperio carolingio bajo Carlomagno.
- 7.— En Veyenne (1970), p.40.
- 8.— Para profundizar en esta afirmación les remito a Veyenne (1970), p.61 en adelante.
- 9.— En Veyenne (1970), p.95-97.
- 10.— Frente a esta propuesta Hegel se pronunciará claramente por el modelo de soberanía absoluta del Estado fundado sobre la nación y guiado por la razón
- 11.— Entre la multitud de voces nacionalistas del siglo XIX cabría citar como excepción a Proudhon, quien afirma que las nacionalidades son una regresión y no un progreso, pues nos alejan de un equilibrio en Europa, el cual sólo se podrá lograr con una federación europea. Esta federación será una federación de confederaciones, lo cual vendría a ser una Europa de las regiones. Para profundizar en esta propuesta, Proudhon, *Du Principe Federatif*.
- 12.— Véase I. Berlin, *El fuste torcido de la humanidad*, Península, 1990.
- 13.— Sobre esto, D. Coombes, *Imperfect Union: European Integration by the Community Method*. Manuscrito inédito, 1992.
- 14.— en "Reflections on the Structure of the European Union", en *Common Market Law Review*, 1992, nº29.
- 15.— A. D. Smith, "A Europe of Nations -or the Nation of Europe?", en *Journal of Peace Research*, 1993, vol.30, nº2.
- 16.— A. D. Smith (1993), p.134.
- 17.— en op.cit., p.134.
- 18.— en "Multiculturalisme: la política del reconeiximent", en A. Castiñeira, *Comunitat i Nació*. Proa, 1994.
- 19.— Op.cit., p.200 y ss.
- 20.— en "Necesitamos en la actualidad una ética universalista, o estamos ante una idea de poder eurocéntrica?", en S. Reverter Bañón (ed.), *Teoría Filosófica de Europa*, Nau Llibres, 1997.